

La unicidad del Dios Trino

1. *No hay más que un solo Dios* (dogma). Este hecho se encuentra en los símbolos de la fe y ha sido definido por el cuarto Concilio lateranense y por el Vaticano (D. 428, 1782). Frente a múltiples errores trinitarios, se ha constatado que la personalidad trinitaria no suprime la unicidad de Dios no obstante despojarla de su inerte rigidez. El Homousios del Concilio de Nicea, especialmente, ha enseñado la unicidad esencial de las tres divinas Personas, acentuando así la unicidad de Dios. El cuarto Concilio de Letrán condenó las doctrinas de Joaquín de Fiore, según el cual las tres Personas constituyen una mera unidad colectiva. Cuando Günther (murió en 1863), influenciado por Hegel, difundió una unidad colectiva, o bien orgánica análoga, el Papa Pío IX declaró en su carta a Geissel, Arzobispo de Colonia, que tales enseñanzas se apartan de la fe católica.

2. *a)* En el Antiguo Testamento el Dios uno y verdadero exige desde el principio fe y entrega absolutas, en todas las esferas de la vida. Frente a la pluralidad de dioses intrigantes y ambiciosos de las otras culturas orientales, la primera frase del Génesis define con insuperable claridad y dignidad la unicidad de Dios, Creador del mundo, Señor absoluto de la Naturaleza y del hombre. El Dios uno y verdadero no dejó nunca de testificar que era el Señor de todos los pueblos, bien que los fieles del Antiguo Testamento

mento, debido a la alianza, pasaran a ser «el pueblo de Dios» de un modo especial, siendo Dios el Dios de ese pueblo también de una manera especial. Los Profetas y los Salmos lo acentúan con toda energía. Los «dioses» que inventaron los hombres «dando forma en madera, piedra o acciones del culto a los símbolos de fuerzas naturales numinosamente apercebidas», son puras naderías. No prestan ayuda alguna y no sirven para nada (*Is. Cz.*, 48; 44, 6 y siguientes; *Ier.* 2, 11).

En el comienzo de la legislación del Antiguo Testamento está escrito que el hombre debe servir a un solo Dios (*Ex.* 20, 2 y siguientes): «Yo soy Yahvé, tu Dios, que te ha sacado de la tierra de Egipto, de la casa de la servidumbre. No tendrás otro Dios, sino a mí.» V. también *Deut.* 6, 4. Esto excluye toda divinidad secundaria. El Dios único ha de ser adorado en el culto privado y público. Reúne en sí toda la divinidad atribuída a los dioses por los que creían en los mitos.

Muchas veces llegó a dominar en el pueblo de Dios la tentación de adoptar el politeísmo de los pueblos circundantes. Pero Dios siempre restablecía su hegemonía con imponente poderío. Con sentimientos de tristeza e ira, los Profetas acusaron a los apóstatas de infidelidad, más aún, de adulterio, exigiéndoles que volviesen a someterse al Dios único (*Ier.* 2, 26) y recordándoles el poder y la grandeza de ese Dios (*Jos.* 40, 28; 26, 13).

El monoteísmo del Antiguo Testamento acentúa la experiencia de la realidad singular y del poder del Dios único, fundada en la actividad histórica de Dios. La Revelación del Antiguo Testamento no pretende, en primer lugar, enseñar teóricamente si hay uno solo o varios dioses, es decir, no se propone, en primer lugar, demostrar la exactitud de las concepciones monoteísticas; en esa Revelación el Dios único restablece su soberanía. Impone al hombre prescripciones incondicionales del obrar (*Ex.* 23, 7), comunica a la vida humana sentido, medida y meta. El creyente experimenta que es un poder personal el «Tú» que exige absoluta obediencia, y sabe que es responsable ante ese poder (*Wörterbuch zum N. T.*, ed. por Kittel, III, 1.078). La elaboración intelectual de este estado de cosas es un elemento ulterior y secundario. Véase V. Eichrodt, *Theologie des Alten Testaments*, 1933, I, 111.

Ilustremos con algunos ejemplos la fuerza y la energía con que Dios se afirmó y triunfó frente a las tendencias politeístas. *Ps.* 24, 1 y sigs.: «Del Señor es la tierra y cuanto la llena. Pues Él es quien lo fundó sobre los mares, y sobre las olas lo estableció.»

Ps. 24, 1 y sigs.: «Tuyos son los cielos, tuya la tierra, el orbe de la tierra y cuanto lo llena tú lo formaste. El norte y el sur te deben su existencia. Ithabor y Hermon celebran contentos tu nombre; fuerte es tu mano, amenazadora tu diestra.» Esdrás ensalza a Dios de la siguiente manera (*Neh.* 9, 6): «Tú, ¡oh Yahvé!, eres el que hiciste los cielos y los cielos de los cielos y toda su milicia; la tierra y cuanto hay en ella; los mares y cuanto en ellos hay; tú das vida a todas las cosas, y los ejércitos de los cielos te adoran.» «Ved, pues, que soy yo, yo sólo. Y que no hay Dios alguno más que yo. Yo doy la vida, yo doy la muerte, yo hiero y yo curo. No hay nadie que se libre de mi mano. Pues yo alzo al cielo mi diestra, y juro por mi eterna vida: cuando afile el rayo de mi espada, y tome en mis manos el juicio, yo retribuiré con mi venganza a mis enemigos y daré su merecido a los que me aborrezcan» (*Deut.* 32, 39-41). «Así habla Yavé, el Rey de Israel y su Redentor, el Señor de los ejércitos celestiales: Yo soy el primero y el último, y no hay otro Dios fuera de mí. ¿Quién como yo? Que venga y hable, que anuncie y se compare conmigo. ¿Quién desde el principio anunció lo por venir? Que nos prediga lo que ha de suceder. No os atemoriceis, no temáis nada. ¿No lo anuncié yo antes ya, y lo predije tomándoos por testigos? No hay Dios alguno fuera de mí, y si hay Reza, no lo conozco» (*Is.* 44, 6-8). «Soy yo, Yavé, no es ninguno otro; fuera de mí no hay Dios. Yo te he armado, aunque tú no me conocías, para que sepan el levante y el poniente que no hay ninguno fuera de mí» (*Is.* 45, 5 y sigs.). «Sí, así habla Yavé, el que creó los cielos, el Dios que formó la tierra, la hizo y la afirmó. No la creó en vano, la formó para que fuese habitada. Soy yo Yavé y ningún otro. No he hablado yo en secreto, en un oscuro rincón de la tierra. No he dicho yo a la progenie de Jacob: buscadme en vano. Y soy yo, Yavé, cuya palabra es verdadera y cuya predicción es segura. Reuníos, venid, acercaos juntamente, los sobrevivientes de las naciones. No tienen entendimiento los que llevan un ídolo de madera y ruegan a un dios incapaz de salvar. Hablad, exponed, consultaos unos a otros: ¿quién predijo estas cosas mucho ha, mucho tiempo antes las anunció? ¿No soy yo, Yavé, el único, y nadie más que yo? No hay Dios justo y salvador fuera de mí; volved a mí y seréis salvos, confines todos de la tierra. Porque yo soy Dios, y no hay otro; por mí lo juro, sale la verdad de mi boca y es irrevocable mi palabra. Doblaráse ante mí toda rodilla, y por mí jurará toda lengua. De mí dirán: ciertamente sólo en Yavé hay justicia y fuerza» (*Is.* 35,

18-24). «Pero Yavé es verdadero Dios, el Dios vivo y Rey eterno. Si Él se *aira*, tiembla la tierra, y todos los pueblos son impotentes ante su cólera. Así, pues, habéis de decirles: Desaparezcan de la tierra y de debajo de los cielos los dioses que no hicieron ni los cielos ni la tierra. Él, con su poder, ha hecho la tierra, con su sabiduría cimentó el orbe, y con su inteligencia tendió los cielos. A su voz se congregaron las aguas en el cielo. Él hace subir las nubes desde los confines de la tierra, hace brillar el rayo entre la lluvia, y saca los vientos de sus escondrijos. Embruteciósese el hombre sin conocimiento; los orífices se cubrieron de ignominia haciendo sus ídolos, pues no funden sino vanidades, que no tienen vida, nada, obra ridícula. El día de la cuenta perecerán» (*Ier.* 10, 10-16).

b) El Nuevo Testamento expone una forma más profunda de monoteísmo. Luchó con toda energía contra el politeísmo. Frente a él se encontraron en todas partes los anunciadores de la Revelación de Jesucristo: en Atenas, en Listra, en Éfeso (*Act.* 17, 24 y siguientes; 14, 15; 19, 26). La idolatría y la impiedad son cosas idénticas. Porque los «dioses» no existen (*Gál.* 4, 8 y sigs.). Son la pura nada (*I Cor.* 8, 4; 10, 19). La idolatría es una injuria del Dios verdadero e implica necesariamente el dominio de potencias demoníacas (*I Cor.* 10, 7; *Gál.* 4, 8; *Rom.* 1, 23-25; *Eph.* 2, 2; *I Cor.* 10, 20-22). Ciertamente que el politeísmo no cesó de ser una tentación para los cristianos (*II Cor.* 4, 4); pero los muchos señores y dioses de las creencias politeísticas no han de ser señores y dioses para los cristianos. Estos reconocen la existencia de un solo Dios (*I Cor.* 8, 4 y sigs.). Él es el Dios de la Revelación del Antiguo Testamento (*Mt.* 15, 31; *Lc.* 1, 68; *Mc.* 12, 39 y sigs.; *Act.* 3, 13; 5, 30; 22, 14; *II Cor.* 6, 16, etc.). Junto al verdadero Dios, el cristiano no debe tener ningún otro dios, ni debe ser partidario de ningún otro dios, ni del dios dinero, ni del dios vientre, ni de los ídolos, ni de las potencias del universo, ni del emperador de Roma convertido en dios por los hombres (*Mt.* 6, 24; *Lc.* 12, 19-21; *Phil.* 3, 19; *II Cor.* 6, 16; *Gál.* 4, 8-11; *Mc.* 12, 17). «Hay que servir a Dios y hay que darle lo que le pertenece; es preciso obedecer sólo a Él y confiar en Él; hay que permanecer fieles a Él en medio de los más grandes peligros, hasta morir como mártires si fuese necesario. En esto consiste, según Jesús y el cristianismo primitivo, el verdadero sentido del *heis Theos*» (Stauffer, en *Wörterbuch zum Nuen Testament*, de Kittel, III, 102).

La revelación del misterio de la Trinidad no constituye un pe-

ligro para la fe en un solo Dios. Cristo, el portador de la revelación de la personalidad trina de Dios, se propone precisamente restablecer la obediencia al Dios verdadero y reconciliar a los hombres con Él. Asegura que Él y el Padre son uno (*Io. 10, 30*), que el Padre está en Él y que Él mismo está en el Padre (*Io. 10, 38*). Cristo restablece el reino del Padre.

3. En la época de los Santos Padres se afirmó la unidad de Dios (designada a menudo con el nombre de Monarquía), contra las tendencias disolventes del politeísmo, dualismo y triteísmo. San Ireneo, especialmente, combatió una antigua tendencia de la Humanidad, que se ha sentido siempre tentada a independizar el mal (lo malo), convirtiéndolo en una especie de anti-Dios (*Contra las herejías*, libro 2, cap. 4; BKV 1, 102-104).

En las obras de San Cirilo de Jerusalén, por ejemplo, percibimos la emoción y energía, más aún, el apasionamiento con que los cristianos confesaban la unidad de Dios: No sólo entre los paganos se muestra activo el demonio. Muchos cristianos falsos, que sin derecho alguno han sido designados con el biensonante nombre de Cristo, se han atrevido impiamente a negar a Dios sus propias obras. Me refiero a los herejes desventurados y dejados de la mano de Dios que pretenden ser amigos de Cristo, pero que en realidad son sus enemigos. Porque el que injuria al Padre de Cristo es enemigo del Hijo. Se han atrevido a hablar de dos divinidades, de una divinidad buena y de una divinidad mala. ¡Qué locura tan grande! Si la divinidad es divinidad, tiene que ser absolutamente buena. Si no fuese buena, ¿cómo se podría llamar divinidad? El ser bueno es un atributo esencial de Dios. A Dios le corresponde amar a los hombres, obrar el bien, ser todopoderoso. Una de dos: o hay que llamarle Dios, atribuyéndole también con el nombre actividad (divina), o si es preciso negarle tal actividad habrá que negarle también el nombre de Dios. Los herejes se atreven a hablar de dos dioses, de uno que será la fuente del Bien y de otro Dios que será el origen del Mal, siendo los dos increados. Pero si ninguno de los dos ha sido creado, los dos serán igualmente poderosos. Pero entonces, ¿cómo la luz podría disipar las tinieblas? Además: ¿se hallan los dos unidos o separados? No pueden estar unidos. Porque ¿qué tienen de común la luz y las tinieblas?, pregunta el Apóstol. Si no tienen nada de común la una con las otras, entonces nos encontramos solamente en la esfera de un Dios único, y no adoramos más que a un solo Dios. Que hay que adorar a un solo Dios es una cosa que se deduce aún si nos dejamos guiar por la insensatez de aquellos herejes. ¡Examinemos lo que enseñan sobre el Dios bueno! ¿Es él poderoso o impotente? Suponiendo que es poderoso, ¿cómo ha podido surgir el Mal contra su voluntad? ¿Cómo aparece en el Mundo, contra su voluntad, el Ser malo? Si no ha podido evitarlo, aun cuando lo conoce, entonces los herejes le acusan de impotencia. Si ha podido evitarlo y en realidad no lo ha evitado, entonces le acusan de traición. ¡Fíjate bien en su insensatez! Ahora afirman que el dios malo no ha cooperado de ninguna manera con el Dios bueno en la creación

del mundo; otras veces le atribuyen sólo la cuarta parte de esa creación. Al Dios bueno le llaman Padre de Cristo, y Cristo es según ellos nuestro sol; ¿a qué se debe que el Hijo del Dios bueno preste sus servicios en el reino del dios malo, contra su voluntad? Nos movemos por entre el barro cuando hablamos de tal doctrina. Pero no podemos menos de hacerlo, para que ninguno de los presentes caiga en la suciedad de los herejes a causa de la ignorancia. Sé muy bien que (al referirme a tales doctrinas) mancho mi boca y los oídos de los que me escuchan; pero no puedo impedirlo. Oír hablar en discursos polémicos de las insensateces de los otros es mejor que el no conocerlas, incurriendo por eso en ellas. Conocer y odiar la suciedad es mejor que el caer en ella por no conocerla. Heterogéneas son las enseñanzas impías de los herejes. Porque tan pronto como uno se aparta del camino recto se precipita continuamente en los abismos» (Sexta catequesis, sección 12 y sigs.; BKV, 102-104.)

San Juan Damasceno resume la doctrina de la siguiente manera: «Está suficientemente demostrado que existe Dios y que su esencia es incomprendible. Para los que conocen la Escritura está fuera de duda que hay un solo Dios y no muchos dioses. El Señor dice en el comienzo de su legislación: «Yo soy el Señor, tu Dios, el que te ha sacado de Egipto. No has de tener otros dioses fuera de mí. Y en otro lugar: Escucha, Israel, el Señor, tu Dios, es el único Señor. Y por medio del Profeta Isaías nos dice: Yo soy Dios desde el principio y lo sigo siendo, y fuera de mí no hay ningún Dios. Antes de mí no había Dios alguno y no habrá Dios alguno después de mí fuera de mí. Y en el Evangelio el Señor dice al Padre: En esto consiste la vida eterna, que te conozcan a ti, el solo Dios verdadero. Con los que no conocen la Sagrada Escritura vamos a discutir de la siguiente manera: El ser divino es perfecto; a su bondad, sabiduría y poder no les falta nada, no tienen principio ni fin, es eternamente ilimitado—en una palabra—, es absolutamente perfecto. Si suponemos que existen muchos dioses habrá que establecer entre ellos alguna diferencia. Porque si no hubiese diferencia alguna entre ellos, existiría más bien un solo Dios y no muchos dioses. Pero si hay diferencia entre ellos, ¿dónde queda entonces la perfección? Porque si alguno de ellos fuese inferior al Perfecto en lo que se refiere a la bondad, al poder y a la sabiduría, no sería Dios. Ahora bien: la absoluta identidad demostraría que hay uno solo Dios y no muchos. Además, ¿iba a ser posible la infinidad en caso de que existiesen muchos dioses? Porque donde estuviese el uno no podría estar el otro. Y ¿podrían gobernar el mundo muchos dioses? ¿No habría de descomponerse y perecer, puesto que sin duda alguna los gobernantes estarían en lucha los unos con los otros? En efecto, la diferencia implica oposición. Si alguien afirmase que cada uno de los dioses domina sólo en una parte (entonces pregunto yo), ¿qué es eso que ha creado el orden y ha llevado a cabo la repartición entre los dioses? Eso será Dios, sin duda alguna. Existe, pues, un solo Dios, perfecto, infinito, creador del universo, conservador y gobernante, sobremanera perfecto y acabado. Además, es algo necesariamente natural el hecho de que la unidad sea el fundamento de la dualidad» (Exposición de la fe ortodoxa, libro quinto, cap. 5; BKV, 8-10).

Para el Cristianismo primitivo la fe en un solo Dios no fué un asunto de mero conocimiento, de pura comprensión filosófica, sino de confesión y decisión incondicionales. En las Actas de los Mártires mejor que en ninguna otra parte aparece toda su importancia y profundo calado. Esas

Actas ponen de manifiesto tanto sentimientos de agradecimiento y alegría debidos a la Revelación del Dios único, como la convicción de que hay una gran diferencia entre la verdadera fe en Dios y las ideas religiosas del paganismo de aquellos tiempos. San Policarpo, atado ya y tendido sobre la pira, esperando la próxima hora de la muerte, ora de la siguiente manera: ¡Señor Dios, todopoderoso, Padre de tu querido y bendito Hijo Jesucristo, por medio del cual hemos llegado a conocerte, Dios de los ángeles, de los poderes, de toda la Creación y de todo el ejército de los justos que viven ante tu semblante! Te alabo porque me has considerado digno de este día y de esta hora, digno de participar en el cáliz de tu Cristo, en la comunión de los mártires, para resucitar a la vida eterna, en cuerpo y alma, en la incorruptibilidad del Espíritu Santo... Por eso te alabo también por todo, te ensalzo y rindo homenaje por medio de Jesucristo, tu sacerdote supremo, eterno y celestial, tu Hijo dilecto, por el cual con Él y el Espíritu Santo gloria sea a ti ahora y en toda la eternidad» (núm. 14; BKV, 304). Apolonio dice a su juez, el Procónsul Perennis: «Este nuestro Salvador Jesucristo, que nació como hombre en Judea, en todo justo y lleno de la sabiduría divina, se ha dignado enseñarnos benévolamente quién es el Dios del universo... Yo espero, ¿procónsul?, que tu mente se torne piadosa y que mi defensa contribuya a iluminar los ojos de tu alma, de modo que tu corazón produzca frutos, adore al Dios creador de todas las cosas y que sólo a Él ofrezca las oraciones, con limosnas y en amor a los hombres, a Dios, a modo de sacrificio incruento y puro.» Cuando se le anunció que había sido condenado a muerte contestó: «Procónsul Perennis, también por esta sentencia, que a mí me trae la Salud, doy gracias a mi Dios, con todos los que confiesan a Dios todopoderoso y a su unigénito Hijo Jesucristo y al Espíritu Santo» (33, 43; BKV, 325, 327).

Los Santos Padres identificaron frecuentemente a los ídolos paganos con los demonios. Respecto a esto conviene observar lo siguiente: antes del nacimiento de Cristo las religiones paganas fueron una tentativa destinada a captar e interpretar el misterio interno del mundo y sobrepasar la estrechez de la existencia. Los dioses eran formas cósmicas mitologizadas. Ellos encarnaban la gloria numinosa de los diversos fenómenos naturales. Los dioses paganos estaban orientados hacia Cristo en actitud de Adviento. *Post Christum natum*, su conocimiento puede contribuir a ahondar la comprensión de Cristo. Pero el creer en ellos y las tentativas de los que quisieren resucitarlos son una lucha contra el Dios vivo. De este modo, los ídolos se convierten en potencias demoníacas. Satanás, una criatura que ha renegado de Dios, tienta a los hombres incitándoles a considerar el mundo como la realidad única y absoluta (prescindiendo de un tú trascendente) y a adorar este mundo como si fuese Dios. De este modo, Satanás se convierte en señor y soberano. La diversidad y contrariedad de los fenómenos del mundo con su misteriosa hermosura y potencia, son una

continua tentación para el corazón humano, haciéndole tender hacia el panteísmo.

Walter F. Otto (*Die Götter Griechenlands*, 1929, 5 y sigs.) reconoce que tienen razón los Santos Padres cuando se oponen a los que tienden a rebajar la importancia de los dioses de la Antigüedad: «Ya no se podía decir con los cristianos primitivos que la fe pagana era una pura obra diabólica. Y no obstante, tenían ellos razón. Porque la tomaban en serio, no la consideraban como cosa pueril y superficial, sino que reconocían que era una posición totalmente opuesta al punto de vista del cristianismo.» R. Guardini *Der Heiland*, en *Unterscheidung des Christlichen*, 1935, 381 y sigs.

4. Fuera del mundo bíblico apenas si encontramos el monoteísmo en alguna parte. El monoteísmo mahometano se halla bajo la influencia de las enseñanzas bíblicas. En el mundo indogermánico encontramos el mensaje dualista de Zoroastro. Este sabe que ha sido elegido por su dios Ahura Madza para luchar contra los poderes antidivinos, cuyo jefe es Angra Mainyu, el gran antagonista de Ahura Madza. Los dos aparecen a menudo como potencias originales de igual fuerza y poder. No obstante, la luz llegará a triunfar definitivamente. De este modo, la Historia, con su estructura dualista, tiende hacia un estado final de carácter monoteísta (Stauffer, en *Wörterbuch zum N. T.*, ed. por Kittel, III, 96).

5. Los escritores paganos defendieron frecuentemente el politeísmo antiguo fundándose en razones políticas. Celso (siglo II) afirma que la creencia en un solo Dios es una rebelión política. Según él, los cultos nacionales son una manifestación de esas idiosincrasias nacionales («cada una de las partes de la tierra donde los pueblos adoran a los dioses conforme a las costumbres de sus antecesores han sido atribuídas, probablemente desde el principio, a distintos gobernantes, habiendo sido repartidas en el orden de determinadas soberanías»). El que lucha contra ellos ataca al Imperio Romano, dentro del cual las peculiaridades nacionales constituyen una unidad política. Por consiguiente, el que lucha contra los dioses nacionales combate la Constitución del Imperio Romano. Las ideas religiosas monoteístas serían posibles si efectivamente fuese posible que se pusiesen de acuerdo sobre una sola «Ley» los pueblos de Asia, los europeos y los habitantes de Libia, los helenos y los bárbaros, que se hallan repartidos hasta los confines de la tierra. El que crea que esto es posible, es un ignorante completo.

Orígenes, cuya concepción del Reino de Dios está todavía bajo influencia de ideas de aquel tiempo, se opuso a las enseñanzas de Celso afirmando que las peculiaridades nacionales desaparecerán el día del Juicio Final, y que esta unidad definitiva y futura ha comenzado ya a realizarse en la unificación de las peculiaridades llevadas a cabo por el Imperio Romano (véase E. Peterson, *Der Monotheismus als politische Forme*, 1935).

De este modo, el problema de la unidad y unicidad de Dios pasó al terreno de la política. La unidad de Dios sirvió para justificar la existencia del Imperio Romano. La unidad en el cielo y en la tierra están en correspondencia la una con la otra. Para los políticos la unidad de Dios se convirtió en una fundamentación perfecta del Imperio Romano. Más aún: la idea de que la monarquía eterna de Dios es un modelo de la Constitución del Imperio Romano, la idea de que esta Constitución no es más que una proyección de lo eterno en lo temporal, ha inducido a muchos soberanos absolutistas y a sus teólogos oficiales a exagerar la unidad de Dios. Les pareció que hasta la Trinidad personal de Dios podía constituir un peligro para la monarquía terrena. De este modo llegaron a afirmar que el Padre es Dios en sentido propio y estricto, mientras que el Hijo será un ser divino de rango inferior y subordinado al Padre. El subordinacionismo se asignó así un carácter político.

Tiene razón Celso cuando afirma que las idiosincrasias de los pueblos tienen su origen en la Providencia de Dios (*Gén. 2, 8; Act. 17, 3*), es decir, tienen valor y derecho a la existencia, propios y autónomos. Pero perdió de vista que es el Dios único el que ha creado las peculiaridades nacionales (en oposición a las tendencias unitarias que se manifestaron en la construcción de la torre de Babel), y que, por consiguiente, todos los pueblos están obligados a servirle.

6. Constituye una especie de politeísmo práctico la admisión de diferentes legislaciones para cada una de las esferas vitales, ya se trate de la vida social o de la vida particular, y también el comportamiento de los que consideran las cosas de aquí abajo como si fuesen los valores supremos de la existencia. Aunque haya desaparecido el politeísmo antiguo, el politeísmo práctico del cual acabamos de hablar sigue predominando en los grados supremos del desarrollo cultural humano. Sus dioses ya no son Apolo, Zeus.

o Júpiter, sino el poder, la riqueza, el placer, el Estado, la Humanidad (véase el § 31).

7. La unicidad de Dios es el fundamento de la unidad de la Creación y de la Historia; es decir, de la unión que liga a los hombres y las cosas entre sí, y, especialmente, a los hombres con las cosas. No se opone a la unidad del mundo fundada en la unicidad de Dios y garantizada por ella la existencia de importantes diferencias de rango entre los hombres, los pueblos y los períodos históricos, ni a las contradicciones que existen entre éstos.

8. De modos diferentes, explica la Teología que la Trinidad de las Personas divinas no destruye la unidad y unicidad de Dios.

a) En la explicación de la Trinidad—hicimos mención de ella en otro lugar—, elaborada especialmente por San Agustín, pero representada también por varios teólogos de la época nicena y postnicena, la unidad de Dios se funda en la unicidad de la esencia divina. Según este punto de vista, la esencia divina única aparece en primer plano, como dijimos arriba, mientras que las tres Personas divinas ocupan un segundo lugar, en lo que concierne a nuestro modo de verlas. La conciencia creyente fija su atención primeramente en la esencia; las Personas ocupan el segundo puesto. Con ello no se niega ni se atenúa la realidad y diversidad de las Personas. Pero como quiera que el hombre no puede abarcar con una sola mirada la esencia y las Personas, concentra primero su atención sobre la esencia y contempla luego las Personas. Según esta opinión, la palabra Dios, sin aditamento alguno, designa la esencia divina única, existente bajo la forma de tres Personas.

Esta concepción explica el hecho de que en la Edad Media se haya tratado frecuentemente el problema de si a la esencia, en cuanto tal, corresponde una subsistencia. Es preciso contestar afirmativamente en tanto que la esencia existe trascendentalmente, sin depender de la Naturaleza ni de la Historia; es decir, en tanto que la esencia tiene un carácter «absoluto».

El problema que aquí nos interesa, relativo al modo de compaginar la Trinidad y la unidad en Dios, se puede resolver con Santo Tomás de Aquino, desde el punto de vista agustiniano, de la siguiente manera. La esencia divina es tal que existe de tres modos, a saber: bajo la forma de Padre, de Hijo y de Espíritu. Estos tres modos sólo pueden ser realmente distintos los unos de

los otros en caso de que cada uno de ellos sea de alguna manera distinto de la esencia. Y, efectivamente, tal es el estado de cosas que encontramos en Dios. Cada uno de ellos es en realidad objetivamente la esencia misma, pero se distingue de ésta lo mismo que un modo de ser se distingue de la realidad de la que es modo. Se puede decir que esta distinción es virtual, real-modal o formal (Duns Escoto). La identidad real de la esencia y de los modos de existencia de esa esencia constituye el fundamento de la unidad de Dios. La distinción virtual es el fundamento de la Trinidad real de Personas. Trataremos detalladamente este punto cuando estudiemos las relaciones divinas.

b) Como ya vimos en otro sitio, la antigüedad cristiana disponía de otro método destinado a compaginar la unidad y la Trinidad de Dios. En la Teología preagustiniana—en la griega, especialmente—predominaba un punto de vista según el cual las tres Personas divinas se hallan en el primer plano de la conciencia creyente, mientras que la esencia ocupaba el segundo. Del mismo modo que el punto de vista agustiniano no disminuye la realidad de la Trinidad, así también el modo de ver griego no atenúa la unidad. Según este segundo punto de vista, la palabra «Dios» designa, en primer término, al Padre y no a la esencia divina. La actitud representada por los teólogos occidentales se funda sobre todo en reflexiones filosóficas, mientras la actitud de los teólogos griegos se atiene al modo de hablar de la Sagrada Escritura, aunque no de forma exclusiva. Como ya observamos, cuando estos teólogos hablan de Dios se refieren casi siempre a la primera Persona divina. Se consideraba al Padre como el aval de la unidad de Dios, en tanto que Él es la fuente homogénea de la Trinidad divina y en tanto que comunica la naturaleza divina al Hijo y al Espíritu, sin multiplicarla.

9. Supuesta esta tensión entre la unidad y la Trinidad de Dios, cabe preguntar hacia dónde tiende el acto de fe trinitaria: hacia la naturaleza divina única, hacia las tres Personas o hacia una sola de las tres Personas. Según el punto de vista occidental, podemos dirigirnos en nuestras oraciones a la esencia divina única, prescindiendo de que Dios existe bajo la forma de Trinidad personal. Pues aunque no es una Persona, existe por sí misma de una manera trascendental y subsistente, de forma que se puede llegar a un encuentro personal entre Dios y el que ora. El poder

prescindir de la Trinidad personal de Dios (abstracción) se funda en el carácter indirecto de nuestro conocimiento de Dios; por eso, en el estado de binaventuranza no se dará esta forma de oración. En ella queda relegada a segundo plano la preponderancia de la personalidad trinitaria de Dios para la realización de nuestra fe.

Al punto de vista de los griegos corresponde otra forma de oración: se trata de la oración dirigida al Padre por medio de Cristo en el Espíritu Santo (véase la Cristología y el tratado sobre la Gracia). Este modo de oración es el que Cristo ha enseñado a los cristianos. Cuando Cristo revela que Dios es nuestro Padre, se refiere a la primera Persona divina, no al Dios trino, en tanto que éste se comportará paternalmente para con los hombres. El Padre de Cristo y el Padre de los hombres es uno e idéntico. (Véanse los textos de la Escritura del § 44, 2, b). Cristo es el primogénito entre muchos hermanos (*Rom.* 8, 29). Nosotros estamos destinados a participar en su filiación, y por eso el Padre de Cristo ha de ser nuestro Padre (*Gál.* 4, 4-7). El Espíritu Santo opera la unión con el Hijo. El Espíritu Santo toma posesión de la criatura, la incorpora al cuerpo místico del Hijo: a la Iglesia, al pueblo de Dios, cuya cabeza es Cristo. La hace semejante al Hijo y la convierte de esta manera, análogamente, en hijo de Dios. Por eso la oración cristiana es una contemplación del semblante del Padre mediante Cristo en el Espíritu Santo; en esa oración el hombre se presenta ante el Padre y habla con Él. A los que se han hecho semejantes a Él, Cristo les saca de la estrechez del mundo y les lleva ante la faz de Dios, del Padre, del mismo a quien Él ha ascendido a los cielos. El Hijo introduce al creyente en el círculo de los ángeles y de los santos, conduciéndole al Padre; en unión con el Hijo, puede presentarse ante Dios pronunciando la palabra «Padre» (*divina institutione formati audemus dicere: Pater-noster*).

Esta forma de acto de fe es totalmente trinitaria. Alcanzará el grado supremo de perfección en el cielo cuando el hombre participe en la vida patente del Dios uno y trino.

Conviene observar que no es completamente ajena a la piedad de tipo agustiniano-occidental. Esto es lo que demuestra San Anselmo de Canterbury, para sólo citar un ejemplo, al escribir en su *Proslogion*, capítulo 23: «Este bien eres Tú, Dios Padre; ésta es tu Palabra, es decir, tu Hijo... Eso mismo es el amor común a Ti y al Hijo, es decir, el Espíritu Santo, que procede de los dos.» Sobre todo es el modo de orar, casi exclusivo de la liturgia ro-

MICHAEL SCHMAUS

mana. En ella, no obstante, dirígense las oraciones algunas veces al Dios trinitario mismo, preferentemente en fórmulas litúrgicas antiguas; por ejemplo, en muchos himnos las oraciones van dirigidas al Padre mediante Cristo en el Espíritu Santo. (Véase N. Beumer, *Die Einwohnung der drei göttlichen Personen in der Seele des begnadeten Menschen*, en «Theologie und Glaube», 30, 1938, 504-516. A. Stolz, *Teología de la Mística*, Colección Patmos, Rialp.)

A la unidad de esencia corresponde la unidad del obrar. Por eso vamos a tratar de ella tras haber expuesto la unicidad de Dios.